

1  
LUCÍA HA VENIDO A VERME

...con los ojos cerrados  
como los de un faisán abatido del cielo por un disparo.

Bird

Kenzaburo Oé, *Una cuestión personal*

**H**oy, Lucía ha venido a verme. Me ha dado un beso en la frente y se ha puesto a los pies de la cama, como el médico cuando hace su visita. Habla sin parar pero, igual que él, creo que no dice nada. La escucho lejana, como si la cama midiese un kilómetro. Me siento como si estuviera totalmente perdido en el centro de un inmenso bosque sumergido en el fondo de un inmenso mar.

Bajo las sábanas chasqueo los dedos silenciosos y la desnudo. Sus pechos pequeños están blancos. ¡Oh, Dios, cómo desearía empequeñecerme para «dormir indolente a la sombra de sus senos»! Ella golpea con la mano la barandilla y su anillo suena rítmico contra el metal blanco. El ruidito se mete en las entrañas del cerebro, como si me golpeará en el mismísimo tálamo al descubierto. ¡Joder! Está guapa. Sí, está muy guapa. Un colgante plateado y verde, como un lepisma que no reconozco, descansa atrapado entre sus pechos. Ya no soy su bolsita de mirra. Como no lo puedo soportar, chasqueo los dedos de nuevo y la visto.

Me ha traído un libro de Herta Müller. Un bonito libro verde con un gran título en rosa, *El hombre es un gran faisán en el mundo*. He leído en voz alta la primera frase del primer capítulo, «En torno al monumento a los caídos han crecido rosas», y lo he dejado encima de la mesilla.

Desde cualquier sitio de la habitación se puede leer el título. Desde la puerta, *El hombre es un gran faisán en el mundo*. Desde la ventana, *El hombre es un gran faisán en el mundo*. Recostado en la cama con la cabeza en los pies, *El hombre es un gran faisán en el mundo*. Sentado en el sillón de escay, *El hombre es un gran faisán en el mundo*.

Me ha dado también una libreta de notas Moleskine, con una gomita negra y todo para que no se abra, que de tan blanca y limpia... da pena escribir en ella.

Ha entrado la enfermera y le ha dicho a Lucía, «¡buenos días!», mientras dejaba el montón de pastillas junto a Herta Müller, «Las pastillas de la felicidad».

«¡Son de todos los colores!», dice Lucía.

La enfermera sale de la habitación sonriendo y dice, «ahora vuelvo, ¿vale?».

Lucía ya no habla, se queda un rato mirando por la ventana, mira lejos, muy lejos, como dándole la vuelta al mundo; luego se acerca a la cabecera de la cama, me pasa la mano por la cara, me da un beso en la frente y me dice al oído algo que no entiendo. Yo no le digo nada pero pienso que tiene los labios fríos. Veo mis pies lejanos,

como si no me pertenecieran. Y ya de espaldas, cogiendo su chaqueta, su bolso grande y su pañuelo del sillón de escay, me dice que me quiere y se dispone a marcharse enseguida. Mi madre también me daba besos en la frente y me decía que me quería, y me sujetaba la frente sudorosa cuando vomitaba la hiel.

Desde la habitación, encuadrada en el marco de la puerta, la veo desaparecer, como sumergiéndose, por las escaleras. Su moño en último lugar. Como el querido globo que se le escapa a un niño. Para siempre.

Aunque ahora gritara yo...

La ventana permanece cerrada y detrás la reja. Y detrás el eucalipto. Y detrás una nube quieta, solitaria, como de dibujos animados, como pinchada, como amarrada a una antena de televisión. En el alfeizar unos gorriones se pelean por unos trozos de galleta que les he dejado.

Estiro el brazo y cojo un bolígrafo del cajón blanco de la mesilla blanca y abro la libreta negra de notas. La huelo. Huele a bosque muerto, a champiñón. Da pena, con lo blanca y limpia que está, escribir en ella, y escribo: «Lucía, habla conmigo. Tengo algo muy importante que decirte: la vida ideal se viviría en los decorados que traen las cajitas de manzanilla».

Al faisán parece que le falta el aire, que se ahoga.



2  
HILDY

Aquella noche no hice el amor con Lucía. Como otras muchas noches. Pero además ni hablamos. Dormimos juntos, pero de espaldas el uno al otro. Dos continentes que se ignoran y el agua fría que lame sus costas.

Otras noches decía:

—Mañana, cariño, mañana. Te prometo que mañana. ¡Vale!

Fuera el viento sopla entre las hojas de la palmera que crece hasta la ventana del dormitorio, un quinto, un buen ejemplar de *Phoenix datilífera*, donde duermen los gorriones, como un falo señalizador de la nada.

Me levanté temprano, apenas había descansado en toda la noche.

«Cuando salí estaba empezando a amanecer»

Yo nunca le había sido infiel a Lucía.

Cogí las llaves del escarabajo y salí del garaje escuchando a Tracy Chapman:

«You got a fast car

I want a ticket to anywhere

maybe we make a deal

maybe together we can get somewhere»

Siempre le he limpiado el coche a Lucía en el lavadero del centro comercial. Al cruzar el puente del auditorio veo a la gente que ya anda pescando en el río. Barbos con sabor a ciénaga.

El lavadero acaba de abrir. Solo hay un Mercedes 300 delante. Una chica nueva me rocía jabón líquido por los faros, por el capó, por el parabrisas, por las ruedas y pegando su cuerpo al coche con un cepillo frota por los intersticios. Yo bajo el cristal y le doy cinco euros. Ella sonrío.

Cuando los rodillos azules terminan de hacer su trabajo, giro a la izquierda y salgo por donde descargan los camiones del centro comercial. Al final de la calle una puta sin bragas, a mi paso, se levanta la falda. Yo, que voy en mis pensamientos, no veo nada.

Giro de nuevo a la izquierda y me propongo volver a pasar.

Y allí estaba ante la puta, pero la puta, que reconoce el coche, me grita:

—¿Quieres verlo de nuevo? ¡Paga!

Yo, avergonzado, solo un poco avergonzado, la miro a la cara. Es joven y bonita, parece la Hildy de Peckinpah. Está inclinada hacia adelante y se le ven los pechos sonrosados. Acelero. Cuando el semáforo se pone en verde, giro a la izquierda...

En el equipo del coche vuelve a sonar «You got a fast car I want a ticket to anywhere... »